ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Veníamos de la noche

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2025

© Ernesto Pérez Zúñiga, 2025
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:
ISBN: 978-84-19392-98-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Palmira Márquez y Miguel Munárriz

«Amor mi mosse, che mi fa parlare.»

DANTE

«El alma que está flaca en amor, lo está también para obrar las virtudes heroicas.»

SAN JUAN DE LA CRUZ

«Jo vinc per acostar el cel a la terra.»

JOAN MARAGALL

Entrada

Gioachina me avisó de que Lucía se había refugiado en la nave espacial y que no quería que nadie la encontrara, especialmente yo. La nave espacial. Así es como Gioachina llama al Tempietto de Bramante: «una nave espacial de estilo renacentista».

—Me ha dicho que, si preguntas por ella, no te diga dónde está.

Habíamos quedado en su estudio para una primera reunión de seguimiento pero, por lo visto, no quería tenerla.

La imagino cerrando los ojos dentro del Tempietto. No podía hacer nada. Sólo esperar. El Tempietto la calmaba si se sentaba en el suelo, sobre las baldosas de mármol, y se tomaba el Nolotil que ya tenía entre los dedos. El Tempietto como una gigantesca cápsula de Nolotil, que la engullía a ella y no al contrario, serenando su mente, llevándola de nuevo a la transparencia de su desván interior. Después volvería a su estudio. Y, al atardecer, cuando le pareciera oír un crujido al otro lado de la puerta, se arreglaría un poco y se iría a cenar al Trastevere. Al restaurante que se llamaba como ella, solo que en la parte del nombre que había querido conservar de sí misma, y donde aquel hombre que leía la *Divina comedia* se la había quedado mirando.

Se imaginó que aquella nave espacial de estilo renacentista ascendía por fin y que, al romper la barrera del sonido, lo que caía del espacio era pintura, un cielo inmenso de pintura, un océano de color firme y silencioso, incapaz de traición.

Sigo empeñado en escribir esta historia, en reescribirla, mejor dicho, por séptima u octava vez. Quizá porque todavía soy incapaz de comprender a la verdadera Lucía, de verla como fue, incluso de describir sus rasgos con acierto, cegado aún por la envoltura de luz que la rodeaba aquella mañana en la Academia, cuando llegó; una envoltura que, durante un tiempo, me impidió percibir la oscuridad pegada a su piel y a sus gestos.

Le urgía pintar un primer cuadro. Ni siquiera esperó a aclimatarse a aquel espléndido estudio que le adjudiqué, el mejor de la Academia. No quiso conocer al resto de los becarios ni visitar primero este edificio cuyo claustro late en silencio, un silencio del que emanan, como venas, los pasillos y los torreones, los jardines y el patio con el Tempietto de Bramante.

Quería concentrarse, me dijo, en el color del cielo de Roma, extraerlo, y convertirlo en textura, igual que había hecho con los de Madrid y Nueva York en aquellas dos series que le habían otorgado un primer triunfo como pintora.

Sonreí cortés callando lo que pensaba mientras le mostraba el estudio, pues conocía de sobra el proyecto que tuvo que presentar Lucía Dávila para obtener la beca

en la Academia de España en Roma. También sabía por su DNI que su apellido oficial era otro: Mendívil.

La vi colocar en la pared las fotos de sus hijos, pegadas justo encima de la cama situada en el doble techo del torreón, al que se accede por unas pequeñas escaleras, algo incómodas, que algún día mejoraré.

—Una ermita del arte —la oí decir mientras desperdigaba unos cuantos lienzos en blanco a lo largo de la enorme habitación; una habitación que es un lienzo en sí misma, y que cada noche la propia ciudad se encarga de pintar con sus reflejos, centelleando colina abajo de la Academia.

Luego supe, ella misma me lo dijo, que aquel día no consiguió pintar nada. Que era su oscuridad y no la luz la que bajaba a sus manos, a pesar de que tendría sólo seis meses de beca antes de volver a Madrid.

La imagino bloqueada, deteniendo el pincel sobre el lienzo y recordando el precio que tuvo que pagar para ser libre. Luego reanuda el trabajo pensando en sus hijos. Si piensa en su hijo Jorge —ha cumplido ya los 18— el trazo resbala con suavidad; si en Laura, su hija, dos años menor, se engancha en un grumo de óleo. Nada raro. Laura apenas le dirige la palabra salvo para pedirle dinero o regañarle por algún descuido relacionado con el cambio climático. En cuanto puede escapa de casa en busca de sus amigas, tecleando en la pantalla del móvil y a punto de matarse por las escaleras.

Jorge, en cambio, es mucho más comunicativo con ella. La ha animado a pedir nuestra beca en Roma, igual que entendió aquellas semanas que Lucía pasó en Nueva York visitando cada día los cuadros de Rothko en el MoMA, magnetizada como en un umbral.

El pincel se encasquilla aún más, no en el óleo, en la soledad pantanosa en la que Lucía lleva trabajando desde que decidió romper con el laboratorio y con su marido. Con ella misma, definitivamente. Con la que aceptó a fuerza de anularse y de envilecerse.

La puedo escuchar ahora, tal como me lo dijo:

–Me casé con Sebastián para complacer a mi padre y a una madre muerta. Me gustaba, claro. Ahora sé: sólo dos planos de cinco.

Toda España sigue sabiendo hoy quién es Sebastián Osuna, habitual en las tertulias radiofónicas y en las columnas de los periódicos. Lucía lo conoció cuando ambos eran estudiantes anónimos en la cafetería de la Facultad de Farmacia.

Pero de aquel encuentro se acordaba, más que de la sonrisa o la mirada de Sebastián al sentarse en su mesa, de la cucharilla de café que ella removía en la taza una y otra vez, pensando con tristeza en la carrera de artes en la que no se había matriculado por obedecer las filípicas de su padre y por completar el único posible legado de su madre, el que ella no había podido ejercer. En todo caso, había sido cobarde. Y su falta de voluntad la condenó a seguir removiendo aquella cucharilla durante los treinta años siguientes.

Con Sebastián Osuna, su cómplice. El científico de moda, el filántropo cuyas frases llenaron los diarios en tiempo de pandemia. El hombre con el que Lucía se había casado imaginariamente enamorada –sólo dos planos– y que años después la había ayudado a hacer algo infame.

Sus rasgos, ahora los veo: afilados, la piel muy blanca, la mirada de cobre.

Me ayudo con una de las fotos que guardo en nuestro archivo: es más alta y mayor que el resto de becarios del grupo. Lleva ese día un vestido verde de una pieza, quizá de algodón, con un cinturón ancho que le marca la cintura y acentúa las caderas y el pecho. El pelo rojizo y largo sobre la espalda. Al hacer *zoom* sobre sus ojos, detrás de un brillo de incomodidad, intuyo la valentía que vendría después.

Me gusta. Renuncio a ella. Es mi personaje y, además, mi becaria. Estamos en dimensiones diferentes. Sólo puedo entrevistarla, vigilarla, inventarla. Ese es mi compromiso. Y aparecer lo imprescindible como testigo que observa, persigue e imagina cuando no hay más remedio que adentrarse allá donde los ojos no pueden ver ni los oídos oír.

Pero volvamos a la foto. Probablemente con un vestido como ese se fue a cenar aquella primera noche, después de abandonar el lienzo.

Rehuyendo la cocina comunitaria que tenemos en la Academia, escogió una de las recomendaciones que le hizo Gioachina, la muchacha que trabaja en recepción y que sorprendió a Lucía por su corte de pelo militar y una de esas camisetas negras que usa estampadas con

monstruos de ciencia ficción, en este caso *Alien, el octavo pasajero*.

Alta, sí, un poco desgarrada sobre los botines con tacones gruesos, Lucía bajó las escaleras que descienden al Trastevere, en busca de un restaurante que, por casualidad, se llama como ella: Da Lucia. Escogió ese porque está cerca, y porque se sentía algo insegura. Una sensación que la acompañaba en los viajes del último año, desde que se divorció de Sebastián y se instaló en un pequeño apartamento en la torre de las Galerías Piquer, en Madrid.

Al doblar la esquina del callejón se detuvo, miró atrás de nuevo, y, al no descubrir a nadie, entró en el pequeño restaurante donde se sintió reconfortada. En ese momento no había más que tres clientes: una pareja joven que había pedido una *zuppa di trippa* y un hombre que le pareció de la misma edad que ella, moreno en el cabello y en la barba. Comía con la única compañía de un libro en su mano izquierda y un sombrero de color pardo, colocado sobre la mesa en el lugar correspondiente al plato de otro comensal.

También ella tomó asiento en la mesa cercana que le indicó el camarero y, después de descifrar el título del libro que estaba leyendo el desconocido, trató de adivinar qué estaba comiendo, para lo que hizo un leve movimiento de cabeza.

Este movimiento no pasó desapercibido al hombre, que levantó la mirada de la lectura y, bajando el libro en un gesto mecánico, dejó al descubierto el amarillo intenso de una tortilla francesa. Pero ese color no fue el que acaparó finalmente la atención de Lucía. Enseguida se había sentido atraída por el azul grisáceo de los ojos que

la miraban. Y no tanto por el color en sí mismo sino por el aire remoto que había en ellos, que contrastaba con la barba negra y recortada juvenilmente; un aire remoto que, sin embargo, armonizaba con el sombrero que parecía dormitar sobre la mesa en un sueño de fieltro, quizá misterioso o quizá anodino como tantas vidas.

Lucía desvió la vista hacia las fotografías en blanco y negro que decoraban las paredes, donde se repetía la imagen de una misma mujer, probablemente la *Lucia* que daba nombre al local. Su rostro, ancho y algo rudo, reflejaba un siglo xx ya perdido. Una vida menos cómoda, pero más amable y sencilla.

Ojalá la suya lo hubiese sido en los últimos años. Desde que ella le dijera que necesitaba marcharse de casa, Sebastián había extremado sus alternancias de humor. Una noche le murmuraba reproches crueles en la cama, sabiendo que ella escuchaba aunque fingiera dormir; otra encendía el equipo de música y, bajo los altavoces que coronaban el dormitorio, se ponía a acariciarla a ritmo de bolero. Y alguna vez, dormida de verdad, se había despertado porque él se había encaramado sobre sus caderas, atrapándola con una rodilla y otra, sin hacer más fuerza que esa, como en ese cuadro de Füssli, *La pesadilla*, que una vez le había mostrado en Internet y que él parecía regodearse en imitar. Así, con aquel extraño juego, le comunicaba que ella le pertenecía por mucho que se quisiera separar de él, por mucho que Sebastián se hubiese equivocado ayudándola.

Podía jurarse –ahora que había desviado la atención otra vez hacia aquel sombrero, que no era exactamente de color pardo, más bien de un marrón como de tierra mojada– que ella nunca se había sentido sincera en su

relación con él porque no se había permitido vivir la sinceridad con ella misma.

Se dio cuenta de que el rostro de aquel hombre que leía la *Divina comedia* había cambiado de expresión. ¿Había arrugado el ceño, incómodo por la excesiva atención de ella? No, la estaba mirando en el centro de los ojos –así me lo contó Lucía– como si quisiera bajar hacia el fondo de su estómago y allí removiera las cenizas en busca de alguna brasa encendida.

Más sobre esas brasas encendidas en la historia de Lucía. Transcribo lo que grabé en mi teléfono:

«Sí, yo misma acepté que lo llamaran Mendívil. Al laboratorio. Fue una apuesta generosa de Sebastián, con la complicidad de mi padre, para que yo relegara la pintura a lo que para ellos tenía que ser: una afición, un *hobby*.

Mi padre, Jorge Mendívil, que me decía:

–Puedes pintar todo lo que quieras en tu tiempo libre.

Yo le comprendía como parte del sino de ser su hija. Mi madre murió cuando yo nací. Justo en ese momento. ¿Te puedes imaginar la carga que eso conlleva? Tienes un regalo, la vida, a cambio de una muerte. De una ausencia. La muerte de la persona que más vas a echar de menos en el mundo sin haberla conocido. Mira».

Y, mientras continúa la grabación, Lucía saca de la cartera una foto que siempre lleva consigo, entre tarjetas de crédito, calendarios viejos y otras imágenes. Trato de adivinarlas, apenas las entreveo, supongo a sus hijos, quizá a un hombre de Roma. Pero ya ha puesto delante de mis ojos a una desconocida en blanco y negro:

«Ella es la primera Lucía. De ella heredé, además del nombre, la carrera de farmacia que no llegó a ejercer nunca».

Y la piel tan blanca, me digo en el pensamiento, y la nariz aguileña y quizá el pelo rojizo pero no pelirrojo que no se distingue en la fotografía en blanco negro, y un agujero siempre instalado a tu lado.

«De niña, mi padre viajaba por toda España vendiendo seguros para pagar mis internados. Lo veía muy poco. Y, años más tarde, hizo lo mismo para financiar esa carrera de Farmacia que, por lo visto, era obligatorio heredar de mi madre. A partir de mi boda con Sebastián, Jorge Mendívil ya no tendría que asumir más gastos. Yo me casé porque quise, pero tuve desde el principio una sensación amarga: la de pervertir algo extremadamente valioso y delicado.»

¿La vocación?, le pregunto.

«El tiempo, el tiempo completo. Eso que se activa con la vida. A cambio fui socia de un laboratorio que se iba a convertir en uno de los más importantes de Europa en la fabricación de medicamentos contra el cáncer. Sebastián trataba de consolarme diciéndome que estaba haciendo algo mucho más importante que el arte: ayudar a que otras personas sigan viviendo. Pero no era verdad. No ser yo misma al final tuvo la consecuencia contraria».

Lucía hace una pausa. Me mira con un leve seísmo en los ojos donde parece despejarse un banco de niebla. La culpa o la tristeza. Como pidiéndome permiso para no hablar de eso ahora. Yo me quedo en silencio para que ella cuente lo que quiera.

«Una vez me preguntó si no pensaba que el arte es, en realidad, una forma de egoísmo. Como si él no tuviera».

ra ego. Bromeaba diciendo que había elegido el polígono industrial de San Sebastián de los Reyes porque aquel pueblo se llamaba como él, el farmacéutico andaluz que invirtió el dineral de sus padres en las instalaciones del laboratorio y en aquel chalé que compramos en la urbanización La Granjilla, donde vivimos a partir del día de la boda. Un dineral que sirvió a sus padres para librarse de él y a él para librarse de sus padres. Sebastián sentía un íntimo despecho por ellos, que, en realidad, más que criarlo, lo delegaron en manos de una nodriza mientras se dedicaban a disfrutar de feria en feria y de viaje en viaje. Era el menor de cinco hermanos, con bastante diferencia de edad con el siguiente, un niño introvertido en el colegio, que se refugiaba en el estudio y buscaba más la aprobación de sus profesores que la amistad con sus compañeros de clase; un adolescente que soñaba con alguien que compensara la profunda ausencia que sentía; un muchacho que, ya en el primer año de universidad, consiguió que yo ocupara el lugar de aquellas sombras. A partir de entonces, ya siempre dependió de mí.

–Tú y yo somos completos. No necesitamos a nadie –me decía–. Nuestro proyecto se llama Mendívil. Si tú me dices ven, será todo para ti».

Lucía saca su móvil y me enseña una ristra de guasaps de Sebastián, que todavía no ha borrado. En ellos, muchos enlaces a vídeos de YouTube.

«Todos son boleros», continúa, «a Sebastián le encantaban. De hecho, nada más irnos a vivir a nuestra casa, instaló un equipo de música al lado de la cama, con dos altavoces en el techo. Ponía boleros siempre antes de dormir. Ya imaginas qué bien puede venir una

canción después de pasar todo el día trabajando con química y cuentas».

Lucía ha sonreído y se ha ruborizado. Luego vuelve a ponerse seria:

«Se volvió loco y yo contribuí bastante a ello con mis contradicciones. Pero siempre admiré en Sebastián lo que a mí me faltó: la determinación con la que él se entregaba al trabajo a cualquier hora, su capacidad para involucrar al personal en los proyectos importantes; y confieso que me encantaba ese aire desvalido pero seductor que encandilaba a la gente y que seguramente aprendió de pequeño para llamar la atención de su madre las pocas veces que la veía. En fin, que nos fuimos aislando en el laboratorio, especialmente cuando mi padre murió en un accidente de tráfico mientras viajaba para vender un último seguro, que ya por entonces, no necesitaba. Entonces yo me apegué del todo a ese apellido que ilumina con neones la fachada de nuestra fábrica, como si en esa luz violeta de Laboratorios Mendívil se escondiera lo único que quedaba de mi padre. Lo curioso es que, como impulsados por esa muerte, casi consecutivos nacieron Jorge y Laura».

A ritmo de bolero, pienso yo sin decirlo.

«Sebastián y yo comenzamos a distanciarnos. En parte, por los niños, que a mí me ocupaban mucho tiempo», continúa Lucía, «pero también cuando Sebastián empezó con lo que él llamaba la obligada propaganda en forma de artículos y conferencias y visitas a las emisoras de radio. Para colmo, le dio por pasar cada vez más tiempo con las ratas».

Las ratas. Me oigo a mí mismo en la grabación asentir, repetir esas palabras, las ratas.

«Entre las instalaciones del laboratorio», dice, «destacaba una planta llena de jaulas, donde, por protocolo sanitario, la presencia humana es mínima. Sebastián, sin embargo, pasaba demasiadas horas en esa sala. Eso fue lo primero que me inquietó de él.

–Les hago compañía. Les doy las gracias –solía decirme–. Si no fuese por ellas, los humanos moriríamos antes.

Pero yo rumiaba que eran las ratas, su movimiento blanco y nervioso, las que le acompañaban a él. Que ellas llenaban el espacio que, en la gente normal, ocupan las amistades y la familia, pues Sebastián seguía sin relacionarse íntimamente con nadie salvo conmigo y con nuestros hijos. El resto de las personas se dividían para él en trabajadores o en colegas o en posibles clientes. Sin embargo, cuando hablaba en la radio –tú mismo lo has comprobado–, mostraba una enorme amabilidad y cercanía, ya fuese hacia sus interlocutores o hacia las personas que podían escucharlo o leer alguno de sus artículos. Parecían íntimos sin conocerse de nada. A ellos quería llegar con sus ideas y, por supuesto –y eso se lo aplaudíamos todos en el laboratorio–, con los medicamentos de la marca Mendívil».

¿Tú qué hacías en Mendívil?, oigo que pregunto.

«Coordinar la intendencia: personal, fabricación, cuentas. ¿Te imaginas lo que es eso? Bueno, sí te lo imaginas, eres el director de esta Academia. Algo así, pero más intenso y sin arte».

«¿Y cómo hacías para pintar?».

«Durante mucho tiempo renuncié a hacerlo. Pensaba que una autodidacta como yo no llegaría a ninguna parte. Pero, cuando mis hijos crecieron un poco, me fui adaptando a sus horarios. Delegué parte de mi trabajo y

me los llevaba algunas tardes a los museos de Madrid, o a alguna galería de arte. Aprendí a no ver las figuras sino la energía de color que emana de ellas. Lo había leído en Kandinsky».

Pero tu gran inspiración es Rothko, oigo que la interrumpo.

«Eso son tonterías. Más quisiera. Una no imita. Coge fuerzas en otro. Para hacer sólo lo que sale de dentro. Lo importante es que visitando esos museos me volvió la rabia de pintar. Una rabia creciente, que se fue volviendo una obsesión. Una necesidad cotidiana sin la que no podía avanzar en el día. De hecho, he pasado muchos años levantándome horas antes del amanecer para pintar un rato antes de que sonara el despertador de mis hijos. Yo era unas ojeras pegadas a una mujer».

A lo Quevedo, me oigo reír. Pero ella no lo hace. No le gusta recordar esa parte de su vida. De todas formas, yo tengo que seguir preguntándole. ¿Tenías un espacio para ti en la casa o ibas ya a tu estudio en las Galerías Piquer?

«Qué va. El estudio lo compré hace un año y medio nada más. Pintaba en el desván de casa, donde por una pequeña claraboya se deslizaba la noche, la noche mucho tiempo, y un ratito del alba. Yo miraba el devenir de ese cielo como los prisioneros de las mazmorras que se imaginan trepando por un rayo de luz. En ese cielo fui proyectando no sólo la angustia por las horas que me aguardaban en el laboratorio; también esa rabia de pintar. Y así se me fue ocurriendo la idea de pintarlo una vez tras otra. El cielo. Traerlo al lienzo me iba a ayudar a escapar a través de él. Y para conseguirlo ya estaba en condiciones de hacer cualquier cosa».

También lo pensó de mí: que era capaz de hacer cualquier cosa. Peligrosa, me refiero. Ella misma me lo confesaría más tarde. Sospechaba de mí. Quizá por el celo con que me rapo la cabeza y que a veces me deja algunos poros cuajados con sangre seca. Ese celo también está en el brillo de mis zapatos y en el nudo de la corbata de gala que me gusta ponerme con chaqueta *sport*. Una pequeña burla al protocolo obligado por el cargo. Igual que esa reverencia que hago a los becarios cuando me los encuentro en el pasillo y que ellos no saben muy bien cómo tomarse.

Pero vuelvo a Lucía.

Mediaba marzo, ella llevaba apenas cuarenta y ocho horas en la Academia, y yo le insistí en que bajara al cóctel con el que íbamos a inaugurar una exposición sobre mujeres del Siglo de Oro que habíamos programado en colaboración con el Instituto Cervantes. No era obligatorio, por supuesto; sólo quería que siguiera socializando con el resto de becarios, a los que apenas había tratado.

Ahora comprendo su resistencia general en aquellos primeros días: necesitaba permanecer metida en ese desván que imaginaba dentro de sí, ese desván donde murió Lucía Mendívil y nació Lucía Dávila, la mujer a

la que no podía traicionar, porque, para tratar de ser ella había pagado un precio muy alto.

Esas dos Lucías, fundidas en una, accedieron a regañadientes. Pero, durante el cóctel, se fueron animando.

Recuerdo muy bien el momento en que le presenté a Gianfranco Zicarelli, el gestor cultural del Instituto Cervantes de Roma.

—Ahí donde lo ves —le dije entre burlas y veras—, con esa cara de boxeador y esas botas de macarra, dedica sus vacaciones a ayudar a su hija, casi una niña, que trabaja en los barrios marginales de Roma. Ah, y es un experto en Pasolini.

Fui yo quien le inoculé ese primer interés por él y quien le llenó a ambos la copa con un euforizante *prosecco*. Gianfranco se había acercado al corrillo que formábamos con Coco Selma, la famosa artista multidisciplinar que en ese momento explicaba muy convencida, inspirada por uno de los ejemplares expuestos en la vitrina y varios golpes de espumoso, que ella había escrito *Las moradas* en una encarnación anterior, que ella era el alma aterrizada en aquel enloquecido siglo XXI de la que fue Teresa de Cepeda y Ahumada. Nos reímos los tres pensando que era una broma. Pero Coco permaneció muy seria. Santa Teresa de Jesús usa en su nueva vida, como puede comprobarse en su página web, melena teñida de azul, gafas minúsculas y falda escocesa, que le dan el aspecto de haberse formado, en lugar de en un convento, en una de esas discotecas donde, por lo que nos contó, había perdido la cabeza buscando nuevas versiones del éxtasis.

Fue Gianfranco quien apartó a Lucía de ella para mostrarle las piezas maestras de la exposición, manus-

critos, rúbricas y libros encuadernados con piel gruesa. Luego los vi salir de la sala.

Sé por Lucía que la llevó primero a los jardines desde los cuales se adivina la residencia del embajador de España y, subiendo por las escaleras del torreón, Gianfranco la condujo a la terraza más alta, desde donde le fue poniendo nombre a cada monumento iluminado de la ciudad.

Me crucé de nuevo con ellos cuando regresaron, más cómplices y cercanos uno del otro, cruzando el claustro. Yo estaba en el primer piso, apoyado en la baranda, mirándolos con curiosidad. En silencio, un tanto forzado; un silencio donde Lucía percibió o imaginó una pulsión de propiedad.

Se le vino la imagen, me ha dicho, de aquellas mañanas del desván en que, estando concentrada en el lienzo, de pronto se volvía y se encontraba a Sebastián, quien había subido por las escaleras con sigilo y la había estado espionando, en la sombra, mientras trabajaba.

Sorprendida por mi mirada, Lucía le propuso a Gianfranco dar un paseo fuera de la Academia.

Cruzaron el Trastevere hasta la isla del Tíber. Escucharon el fragor del río, rizado y misterioso, que huele a enigma, un enigma que salpica en la cara cuando alguien se acerca demasiado a la orilla. Y, regresando a la Academia, Gianfranco le contó que era calabrés, de un pueblo donde opera la 'Ndrangheta y donde su abuelo le había enseñado a boxear de pequeño, modelando esos rasgos peculiares de su cara.

—Así que estoy en condiciones de cuidarte en Roma —acabó diciendo.

Una afirmación en la que Lucía volvió a sentir que perdía independencia. También, de algún modo, era in-

quietante. A saber qué enemigos habría acumulado Gianfranco. Una inquietud que armonizó definitivamente con la llamada que Lucía recibió a la mañana siguiente.

Se había despertado con una tibia resaca y había mandado un mensaje a sus hijos. Después se duchó y se miró en el espejo las ojeras de la regla que le acababa de bajar y las finísimas arrugas de la frente. Se distrajo pensando en que aquella mujer estaba envejeciendo y acarició las líneas de las canas en la rojiza cabellera. Se distrajo mirando nuevas arrugas en las comisuras de los labios y en el vértice de los ojos. Los cristales de color cobre se movían a un lado y otro tratando de acorralar cada una de esas arrugas que sólo podían llevarla hacia ella misma, desde la Lucía Mendivil del pasado hacia la Lucía Dávila del presente. Entonces sonó en su móvil la llamada de Gianfranco.

–Perdóname –dijo–, no quiero preocuparte. Sólo avisarte para que estés atenta.

La noche anterior, tras despedirse de ella, cuando caminaba por uno de los callejones del Trastevere, pensando en dónde demonios había dejado el coche, le asaltó alguien de quien no pudo ver el rostro, alguien que le aferró el cuello por detrás y de quien supo zafarse lanzándole un codazo en el estómago. Pero antes de que pudiese descubrir quién era el asaltante ya había doblado la esquina corriendo.

–Luego recibí en el móvil el mensaje de un número oculto –continuó Gianfranco–. ¿Y sabes lo que decía? Muy curioso. «No vuelvas a la Academia».

No vuelvas a la Academia, pero Lucía ya estaba aquí.

Hubo una época en la que Lucía y Sebastián lo compartieron todo, incluso las claves del ordenador. La época en que Mendivil se convirtió en una empresa importante; la época en la que Sebastián Osuna comenzó a participar en congresos nacionales e internacionales a pesar de que detestaba alejarse de Lucía. De hecho, durante su ausencia, la acribillaba con llamadas. Así paliaba el mayor de sus miedos: que Lucía le fuese infiel.

Seguramente lo pensaba porque ella misma lo impulsaba a viajar, sobre todo, a Ámsterdam, para que Sebastián conociera en persona al responsable de un departamento de análisis clínicos, cuyos informes eran claves para que la Agencia Europea del Medicamento aprobara los productos que el laboratorio quería comercializar en Europa.

Aclaro que, al principio, ella proponía esos viajes sin ninguna intención adicional aparte de la imaginación infundada de que, estando sola, robaría alguna hora más para pintar. Pero aquel *clinical operation manager*—estas son las palabras correctas que me inculca Lucía—acabó siendo el firmante de un *clinical study report* imprescindible para comprender lo que ha pasado en estos meses.

Frente a lo que ella aventuraba, durante aquellos viajes de su marido, la frustración respecto a la pintura crecía, pues tenía que estar aún más pendiente de la intendencia del laboratorio y de sus hijos.

Y a su regreso, Sebastián trataba de compensar los días de ausencia con la necesidad redoblada de que ella le prestara toda su atención. Para conseguirla, solía llevarle algún regalo desmesurado. Aparecía, por ejemplo, con una pulsera de brillantes que había comprado en el aeropuerto o se empeñaba en llevarla esa misma noche a algún restaurante lujoso de Madrid. Incluso una vez se entretuvo en comprar, desde el aeropuerto a su casa, uno de esos deportivos que a él le comenzaron a apasionar y que ella le rogó que devolviera al concesionario.

Sebastián ponía boleros en la oscuridad del dormitorio y le repetía al oído versos de celofán: «Si me comprendieras... Si me conocieras... Jamás dudarías».